

0302. María, el anzuelo de Dios

Si se fueran a escribir las historias de los grandes convertidos por intercesión de María, llenaríamos grandes bibliotecas con tantos libros como deberían imprimirse. En la historia moderna abundan como nunca. Hoy, vamos a fijarnos en una conversión muy notable.

Hace años ya —era el 19 de Marzo de 1948— que la prensa mundial lanzaba una noticia bomba:

- Douglas Hyde, el corifeo del comunismo inglés y director del periódico del Partido, abandona el comunismo y entra en la Iglesia Católica.

Periodistas, fotógrafos, operadores de cine, le acosan en la calle y en su casa:

- Pero, ¿qué ha pasado?

- Lo leerán, pronto lo leerán todo.

Cada día recibe más de cien cartas de todo el mundo: cartas de felicitación, de ánimo, de injurias, de amenazas... Nada le importa, y cuenta a todos su historia conmovedora en una serie de artículos, que se traducen a doce o más idiomas, y que ahora resumo en pocas palabras.

Caminaba Douglas por las calles de Londres, sin saber qué hacer, algo aburrido, y, por pura curiosidad, entra en un templo católico. Se sienta sin más en una banca, y empieza a observar distraído... Ve entrar a una joven pobremente vestida, que se adelanta hasta el altar de la Virgen, prende una vela, y comienza a rezar el Rosario. Acabada su oración, Douglas nota que del semblante de la chica ha desaparecido toda turbación. Y nos cuenta ahora:

- Entonces me adelanté solo hasta la imagen de la Virgen. Sin saber por qué, quise rezar. Pero, ¿cómo se rezaba a la Virgen? No lo sabía. Quise recordar algunos poemas literarios, pero no me venía ninguno.

¡Qué iba a saber el pobre Douglas, si nunca había rezado una oración! Pero, al fin, tuvo una idea luminosa, que a él mismo le hizo reír después.

- Comencé algo que me pareció apropiado: la letra de un bailable del año 20, aprendida de un disco de gramófono, que decía: ¡Oh dulce y encantadora señora, sé buena, - oh señora, sé buena conmigo!

¿Para reírse, verdad? Pues, se ve que a la Virgen le hizo gracia y le gustó la oración del bailable. Porque Douglas Hyde salió convertido, entró después en la Legión de María, y llegó a ser un propagandista formidable del Corazón de María según el mensaje de Fátima...

Es la historia de siempre. Las grandes conversiones se las ha confiado Dios a María, llamada acertadamente por el pueblo cristiano: *Refugio de pecadores*, y señalada hoy por el Concilio como *esperanza cierta*.

María tiene corazón de madre, y ya está dicho todo. Porque el corazón de la madre no falla nunca en su amor, en su compasión, en su ternura, en su solicitud hasta por el hijo más alejado.

El pecador clava la mirada en María, contemplándola como ideal de pureza y seguridad de salvación.

Al verse a sí mismo caído en la culpa que lo mancha, la Virgen Inmaculada se convierte para él en algo fascinante, y se dice plenamente convencido:

- *¿Y por qué no puedo poner mi culpa en manos de la que es todo limpieza, para que Ella la cambie en blancura de belleza sin igual?...*

Al verse a sí mismo también con las puertas del paraíso cerradas, contempla a María Asunta en los esplendores de la gloria, y se repite con la misma convicción:

- *¿Y no va a poder Ella, la Madre de Jesús, llevarme allí consigo?...*

Así, María Inmaculada, María Asunta, es el anzuelo en que van a picar los peces más gordos.

Cuando oímos algo de una conversión sonada, busquemos a María: ¿a que está metida allí de una manera u otra?...

María nos acompaña siempre a sus hijos por el camino de la vida. Ese camino que para unos es autopista asfaltada y cómoda, porque corren libremente por ella con inocencia y santidad envidiables; y para otros es una senda áspera, pedregosa y llena de malezas, porque llevan encima la culpa que los oprime en su andar. Pero tanto los inocentes como los no inocentes, todos llegan a término feliz cuando María les agarra con su mano segura.

Nunca se ha perdido quien ha confiado en María.

Semejante convicción no nace de un sentimiento piadoso sin más. Es algo que está fundado en la teología mariana más firme.

Jesús moribundo encomendó a María el cuidado de todos los redimidos. Cuidado como de madre a hijos, cuidado verdaderamente maternal. Era una verdadera misión, que María debía cumplir como oficio propio de Ella.

A esto obedece el que llamemos a María Medianera de las gracias, porque Dios le ha confiado nuestra salvación, la realizada y merecida por Jesucristo.

A María le toca hacer que esta salvación no falle en ninguno de sus hijos, sino que todos, con su auxilio, la consigan con seguridad y fácilmente.

Esto lo vivimos en la Iglesia de una manera constante. Es una convicción profunda del Pueblo de Dios. Ayer nos lo aseguraba uno..., hoy nos lo ha dicho el que fue revolucionario comunista..., y mañana nos lo irán repitiendo otros y otros más...

Todos ellos confirman la legitimidad de esa plegaria fervorosa: *En ti, Madre mía dulcísima, he puesto mi confianza, jamás quedaré confundido, nunca me veré defraudada...*